La Florida y el suroeste: letras de la frontera norte

Raquel Chang-Rodríguez

Introducción

Cuando Juan Ponce de León exploró la costa oriental de Norteamérica, primero en 1513 y después en 1521, el mundo Atlántico estaba en plena expansión. De Cuba salió (1519) la furtiva expedición de Hernán Cortés en pos de las riquezas del imperio mexica; años después, los hombres de Francisco Pizarro tendrían a Nombre de Dios (Panamá) como punto de reunión para el viaje al sur y el eventual sometimiento del Tahuantinsuyu, el vasto conglomerado de grupos regido por los incas. Una vez asegurado el poder español en México (1521) y en Cuzco (1534), capitales de dos de las grandes civilizaciones americanas, y establecida la comunicación con la metrópoli por medio del sistema de flotas, Norteamérica se convirtió en el foco de nuevas exploraciones. El vasto territorio denominado la Florida, la inexplorada zona al norte de la Nueva España, del recientemente descubierto Mar del Sur (1513) y el centro de la masa continental fueron las zonas de la nueva expansión. Varias razones motivaron estos viajes.

En el amplio contexto de la política imperial y, en particular, de la protección del tesoro de Indias, urgía resguardar las naves que hacían la travesía transatlántica, así como los puertos americanos, del ataque de piratas y corsarios. La explotación de minas de plata en el norte de la Nueva España (Zacatecas) obligó a pensar a administradores y exploradores en la posibilidad de hallar una ruta terrestre que facilitara la transferencia de esas riquezas a las naves que hacían el tornaviaje, obviando el tránsito por el Caribe. La llegada a territorios de la Florida (1564) de colonos protestantes (hugonotes) franceses avivó el celo religioso y encolerizó a Felipe II, quien ordenó sacarlos de allí a cualquier costo. Asimismo, las noticias de riquísimos reinos en el centro del continente despertaron el interés en la zona y sustentaron las ambiciones de quienes esperaban encontrar otro Perú, otro México —en recuerdo de las riquezas de Tenochtitlan se la llamó Nueva México a la ignota zona norte del virreinato de la Nueva España—. Cuando Vasco Núñez de Balboa descubrió el Mar del Sur, se afirmó la necesidad de encontrar una vía de comunicación marítima entre ambos océanos, el Atlántico y el Pacífico. Esta hazaña la logró Fernando de Magallanes en el viaje de circunnavegación concluido por su segundo, Juan Sebastián Elcano (1522); como ese paso era lejano y su cruce sumamente riesgoso, las exploraciones continuaron. Se especuló también sobre la posibilidad de hallar el camino hacia la China atravesando la masa continental o por vía marítima. Los pilotos y navegantes más expertos buscaban el estrecho de Anián, así nombrado en referencia a una provincia de la China, Anán o Ania (¿la isla de Hainan?), mencionada por Marco Polo en su libro de viajes[1]. Si bien del interior del continente se ignoraba casi todo, particularmente la distancia entre los puertos del Golfo y la costa del Mar del Sur, el mapamundi de Juan de la Cosa (1526) confirma que sí se sabía que la Florida no era una isla.

Las cartas, relaciones y crónicas, los informes y poemas épicos escritos a raíz de las incursiones a la frontera norte son producto de estos intereses, y por ello corresponde ubicarlos en un marco de exploración y ambición, de religión y catequización, de política internacional y violencia colonizadora. Estos documentos son los principales testimonios de las primeras décadas de contacto en esa vasta zona hoy parte de los Estados Unidos de América. En muchos casos ofrecen las únicas referencias a grupos étnicos desaparecidos poco después de la llegada de los europeos; todos ellos, con desigual arte, reflexionan

sobre el comportamiento humano en inusitadas circunstancias, dan cuenta de la capacidad de acción de españoles e indígenas y a la vez muestran diferentes y terribles facetas de la vida fronteriza. Para apreciarlos conviene señalar algunas pautas que ayudan a entender textos tan singulares como variados.

Es bien sabido que marinos, capitanes, misioneros y expedicionarios escribían informes, relaciones, cartas, historias y crónicas, en unos casos para justificar sus acciones, recibir mercedes de la Corona y referir las novedades de tierras inéditas, en otros para familiarizarse con las nuevas lenguas y culturas, y avanzar la empresa de catequización. Ello no es diferente en la frontera norte. Exceptuando los poemas épicos, estos relatos fronterizos no se concibieron como literatura. No obstante, forman parte de las letras hispánicas por lo sorprendente de las hazañas contadas, por la singularidad del mundo reseñado o por recuperar un legado esencial en la constitución de identidades nacionales[2]. Así, cartas como las de Pedro Menéndez de Avilés, o informes como los de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y Pedro de Cárdenas de Nájera, adquieren importancia más allá del dato empírico o la coordenada geográfica.

Sin duda, los noveles autores encararon serios problemas formales. Los más notables podrían resumirse en las siguientes preguntas: ¿cómo describir esa realidad diferente y exótica? ¿Cómo relatar la propia participación en hechos inusitados? En busca de respuestas se aprovecharon de la tradición historiográfica medieval y de los preceptos literarios puestos en boga durante la temprana modernidad. La primera permitía la mezcla de realidad y fantasía, la inclusión de detalles raros y la divagación moralizante que podía servir de ejemplo a los lectores. Por eso en los tempranos textos de la época no debe sorprender el comentario sobre la intervención divina en favor de los conquistadores, ni la descripción de hazañas sobrehumanas. Los segundos, o sea los preceptos literarios del Renacimiento, propiciaron, entre otras cosas, la inclusión del paisaje embellecido, de la nota individualista y, particularmente en la poesía épica, la atención a la forma y el toque realista en la descripción de combates.

Como muchas veces el español fue inadecuado para describir nuevas realidades, desde los primeros contactos se emplearon palabras de los idiomas amerindios (taíno, náhuatl, quechua), que por su frecuente uso en el lenguaje oral y escrito fueron enriqueciendo el español. En estos cruces lingüísticos, plantas y animales americanos frecuentemente recibieron nombres europeos —en el caso de la frontera norte, al 'bisonte' se lo llamó 'vaca'—; igualmente, costumbres y personas se asociaron y compararon con grupos muy conocidos por los españoles, por ejemplo, los musulmanes, judíos y moriscos con quienes convivieron en la Península. Conocedores de las antiguas leyendas clásicas y de geografías remotas, los marinos y cartógrafos contribuyeron a configurar una imagen fantástica de las nuevas tierras porque decían haber hallado en América desde las sirenas hasta los dragones descritos en los antiguos textos y en la *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo. En este sentido la referencia más resaltante con respecto a la frontera norte son las siete ciudades de Cíbola, remontadas a la ínsula Antilla o *Sette Ciudades* (isla de las siete ciudades), lugar de refugio donde un arzobispo portugués, seis obispos y otros cristianos habían huido cuando 'toda Hispania [año 734] estaba conquistada por los herejes de Africa' (Rodolfo Cronau en Carmen de Mora, 1992: 34)[3].

El contacto hispano-indígena y la apropiación de los territorios americanos plantearon serias cuestiones filosóficas y teológicas para la iglesia católica y los soberanos españoles. Hitos importantes en este debate son: 1) en Santo Domingo de La Española las prédicas del dominico Antonio de Montesinos contra el maltrato a los indios (1511); 2) las Leyes de Burgos (1512) que asientan jurídicamente el derecho de los reyes a hacer la guerra a los indígenas que resistieran la evangelización —la legalidad de este comportamiento se afirmaba con la lectura del Requerimiento[4]— e intentan, por medio de la encomienda, es-

tablecer algún equilibrio —constantemente precario— entre el predominio de los colonos y la protección al indígena; 3) la *Bula Sublimis Deus* (2 de junio de 1537) de Pablo III, que asume la racionalidad del indígena, y su derecho a la libertad, la propiedad y a recibir pacíficamente la prédica del cristianismo; 4) las *Nuevas Leyes* (1542) que, promulgadas a instancias de Bartolomé de las Casas y otros dominicos, suprimían las encomiendas y regulaban el trabajo indígena; 5) el debate de la Junta de Valladolid (1550-1551), donde Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda, ambos humanistas de formación aristotélica, argumentaron sobre cómo y cuándo debían llevarse a cabo la evangelización y el derecho de España a someter a la población indígena[5], y 6) los *Reglamentos* de 1573, parcial consecuencia del irresoluto debate vallisoletano y del interés de la Corona en implementar una política suasoria. Ya no hay conquistas sino 'pacificaciones'; la persuasión por medio de regalos e intercambios es ahora la vía a seguir para atraer a los neófitos al Evangelio; los misioneros sustituyen a los conquistadores[6]. Dos poemas épicos, *La Florida* e *Historia de la Nueva México*, muestran el impacto de las ordenanzas reales de 1573 en Norteamérica y la flexibilidad con que se aplicaron. En este amplio contexto debemos situar y apreciar la selección de textos fronterizos aquí incluida: los informes y relaciones de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, fray Marcos de Niza y Pedro de Castañeda de Nájera, las cartas de Pedro Menéndez de Avilés, la crónica del Inca Garcilaso y los poemas épicos de fray Gregorio de Escobedo y Gaspar Pérez de Villagrá.

La Florida

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Relación* (1542)

Dedicada al emperador Carlos V, la *Relación* (Zamora, 1542)[7] es el principal y más conocido recuento de lo acaecido a la fallida expedición (1527-1528) de Pánfilo de Narváez (c. 1478-1528) redactado por uno de los sobrevivientes, su tesorero Álvar Núñez Cabeza de Vaca (c. 1490-1564). Durante diez años y dos meses (1528-1536), el autor, los expedicionarios Andrés Dorantes y Alonso del Castillo Maldonado y Esteban o Estebanico, esclavo 'negro alárabe' (1: 278)[8], navegaron por el litoral del Golfo y caminaron por un extenso territorio hasta llegar a la provincia de la Nueva Galicia (la zona occidental de la Nueva España). En este largo periplo entraron en contacto con diversos grupos étnicos —la mayoría desapareció años después— y experimentaron situaciones límites (canibalismo, esclavitud), hasta su rescate y retorno a México-Tenochtitlan. Ya en la corte (1538), Núñez Cabeza de Vaca supo que Hernando de Soto había sido nombrado adelantado de la Florida; entonces se dedicó a escribirle al emperador Carlos V el informe de su largo periplo con el propósito de conseguir un nuevo nombramiento en América. En respuesta a su petición, la Corona lo nombró (1540) gobernador del Río de la Plata (hoy día Paraguay) y adelantado de las tierras que descubriera y colonizara en esa zona (1540-1545). Al retornar en cadenas y en desgracia de la América del Sur, publicó *Relación y comentarios* (Valladolid, 1555), obra dedicada al príncipe Carlos donde incluye la narración floridana y añade sus experiencias sudamericanas contadas por su secretario, Pero Hernández[9].

La expedición de Pánfilo de Narváez se dirigía al río de las Palmas (hoy río Soto de la Marina en el estado de Tamaulipas, México); arribó accidentalmente al sur de la bahía de Tampa (1528); por el mal tiempo, la dureza del terreno y el fallido liderazgo, los alimentos escaseaban y los expedicionarios comenzaron a enfermarse y morir. Según explica el narrador de la *Relación*, en esta coyuntura le pidió consejo al adelantado Narváez y este le respondió: ya no es 'tiempo de mandar unos a otros, que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida, que él así lo entendía de hacer. Y diciendo esto se alargó con su barca' (1: 90, f.20r). Así, el 'sálvese quien pueda' rige el comportamiento de los desesperados expedicionarios.

En este ambiente el narrador sitúa el episodio de antropofagia que tanto sorprende a los nativos: 'Y cinco cristianos que estaban en Xamho en la costa llegaron a tal extremo que se comieron los unos a los otros hasta que quedó uno, que por ser solo, no hubo quien lo comiese... Deste caso se alteraron tanto los indios y hubo entre ellos tan gran escándalo que sin duda que si al principio ellos lo vieran los mataran' (1: 06, f24r). Irónicamente, este vicio condenado en el requerimiento ahora lo comparten quienes están llamados a prohibirlo. El episodio sirve para enmarcar la compleja visión del indígena que la *Relación* presenta: el narrador no lo tipifica ni lo encasilla bajo los tradicionales rótulos de bondad o maldad; intenta valorarlo y distinguirlo de acuerdo a su trato y comportamiento. No deja de notar, sin embargo, prácticas que lo repelen o lo asombran. En este sentido conviene recordar el fin de la *Relación*. Cuando el cuarteto cree haber encontrado protección y libertad entre los suyos, los soldados españoles los coartan. El narrador acota:

> [D]onde parece cuanto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos a les buscar libertad y cuando pensábamos que la teníamos sucedió tan al contrario. Y por apartarnos de conversación de los indios, nos llevaron de los montes despoblados a fin que no viésemos lo que ellos hacían ni sus tratamientos, porque tenían acordados de ir a dar en los indios que enviábamos asegurados y de paz. (1: 252, f60v)

La reflexión atañe a la decepción y al buen o mal comportamiento, más allá del origen, la prosapia o la procedencia individual. El comentario amplía lo ocurrido cuando sitúa el accionar de los personajes en el marco atemporal de las relaciones humanas.

En la *Relación*, Núñez Cabeza de Vaca asume una variedad de roles: conquistador y esclavo; español e indio, tesorero y lingüista, nadador y caminante, curandero y evangelizador. Entre todos se fija la imagen de un ser hambriento, aislado, desnudo, sin armas, más pobre peregrino que ducho conquistador. La alternancia de estos papeles le da singular agilidad al relato y muestra cómo el saber europeo parece ser insuficiente en las singulares coyunturas fronterizas. En efecto, su salvación se da dentro de la retórica de la bondad divina: el Señor les abre el camino en tierra despoblada, y también ablanda el corazón de sus anfitriones indígenas (1: 153-154, f35v, f36r). De ahí siguen las exitosas y milagrosas curaciones, incluyendo la resurrección de un 'muerto' (1: 162-163, f38r, f38v). Mencionada al comienzo y al final de la obra, la predicción de la mora de Hornachos, quien había vaticinado el fin trágico de la expedición, le añade al relato otra red de significado al traer a colación los debatidos temas de la fortuna, la predestinación y la otredad, ahora musulmana o morisca.



Placa en memoria de Alvar Núñez Cabeza de Vaca por su descubrimiento de las cataratas de Iguazú.

En su momento el relato del largo periplo de Núñez Cabeza de Vaca circuló oralmente en la corte; igualmente, la difusión de la *Relación* en sus versiones escritas (1542 y 1555) fue amplia. Las noticias de riqueza sin cuento en esas remotas tierras alentaron a muchos caballeros a inscribirse en la expedición de Hernando de Soto; las nuevas propiciaron la expedición de fray Marcos de Niza a las maravillosas siete ciudades de Cíbola. Por medio de referencias directas o de alusiones, la presencia del inusitado periplo de Núñez Cabeza de

Vaca es evidente en crónicas coetáneas, por ejemplo, *La Florida del Inca* (1605) del cronista cuzqueño Garcilaso de la Vega[10]. Hoy día la complejidad de la *Relación* la hace texto de interés para varias disciplinas, desde la literatura y la religión hasta la antropología y la historia. Por contar la saga de Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros en un vasto territorio extraño y hostil, por describir exóticas costumbres y etnias, por la densidad de 'historias' y temas yuxtapuestos, por reubicar el periplo en el área de las relaciones humanas, la *Relación* ha fascinado a generaciones de estudiosos y lectores interesados en viajes, descubrimientos y la interacción de personas de diferente nación y confesión.

Pedro Menéndez de Avilés, *Cartas* (1555-1574)

El marino e hidalgo asturiano Pedro Menéndez de Avilés (1519-1574) fue nombrado capitán general de la flota o carrera de Indias (1560), y después adelantado, capitán-general y gobernador de la Florida (1565); de acuerdo con las capitulaciones o contrato, debía colonizar y pacificar ese territorio de su propio peculio; sin embargo, el apoyo económico de la Corona no se hizo esperar cuando Felipe II, enterado del arribo de los franceses a la zona (1564) y la fundación de Fuerte Carolina, ordenó a Menéndez de Avilés expulsarlos a cualquier costo y asentarse en la región[11]. Reconociendo la importancia de Cuba para la exploración y la colonización de la Florida, Menéndez de Avilés pidió y se le concedió (1567) la gobernación de esa isla, que rigió por medio de intermediarios hasta 1572. En la Florida fundó las villas de San Agustín (1565) y Santa Elena (1566); la primera es la más antigua ciudad de fundación europea continuamente habitada en el actual territorio de los Estados Unidos; la segunda fue la capital de la Florida de 1571 a 1576[12].

El flamante adelantado tenía ambiciosos proyectos para la región. Estableció un sistema de fortificaciones cuyo propósito era unir la frontera este de Norteamérica con la oeste, o sea, la Florida con la zona minera al norte de la Nueva España. Igualmente intentó buscar un paso marítimo entre el Atlántico y el Pacífico, el mítico estrecho de Anián. Menéndez de Avilés encargó primero a los jesuitas y después a los franciscanos la evangelización de la diversa población nativa; como resultado de los esfuerzos de la orden seráfica, se establecieron misiones y se incentivó el aprendizaje de las lenguas regionales; la publicación, años después, del *Confesionario en lengua castellana y timuquana* (México, 1613) del fraile Francisco de Pareja responde a estos intereses de catequización. Igualmente, por medio de una política de alianzas, intentó captar con éxito desigual a los diferentes señores étnicos y asegurar su lealtad a la Corona[13].

De todo ello dan cuenta las cincuenta y nueve cartas del marino asturiano y dos crónicas sobre su actuación en la Florida: 1) *Memorial que hizo el Dr. Gonzalo Solís de Merás de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Menéndez de Avilés, su cuñado, y de la conquista de la caridad y justicia que hizo en Juan Ribao* (1565), y 2) Bartolomé Barrientos, *Vida y hechos de Pedro Menéndez de Avilés* (c. 1567)[14]. Si bien las cartas dirigidas al rey Felipe II, a la princesa Juana, al marqués de Mondéjar, al secretario del monarca, a su sobrino, Pedro Menéndez Marqués, y a un religioso de la orden jesuita, muestran la retórica común a estos documentos, también por ellas atisbamos las preocupaciones íntimas del adelantado y los muchos riesgos de la empresa floridana[15]. La correspondencia abre así una ventana desde la cual observamos los apremios de la vida en esa frontera: necesidad del apoyo constante de la Corona, las continuas amenazas de piratas y corsarios, la precariedad de las alianzas con los indígenas, la escasez de alimentos, la importancia de Cuba y el puerto de La Habana en el proyecto de Menéndez de Avilés. Por ejemplo, en la carta del 22 de julio de 1571 dirigida a Felipe II, el autor se lamenta tanto de la insatisfacción de los pobladores como de la fragilidad de las alianzas con los nativos:

> Dejo de ir en ella [en la Armada] por la gran necesidad que hay de mi persona en estas provincias de la Florida, porque la demás de la gente que

> allí estaba se ha salido, y la que hay con gran descontento, y los indios mis amigos con gran deseo de verme que son los que han dado a V. M. la obediencia. Y los indios mis enemigos, amigos de los franceses, les hacen la gran guerra por la amistad que conmigo hacen; y si allí no acudiese, todo se perdería, y teniendo los luteranos desto noticia, acudirán con facilidad aquí, y perderá V. M. lo ganado, y señorearse han de la tierra. Porque aquellos indios, en lo general, son más amigos de los franceses, que los dejan vivir con libertad, que no míos ni de los teatinos, que les estrechamos la vida; y más harán los franceses por esta causa en un día, que yo en un año... (*C* 79).



Estatua de Pedro Menéndez de Avilés.

La misiva afirma el doble carácter de la empresa: expansión imperial y religiosa; de ella también se desprende la frecuente incidencia de las pugnas europeas en la vida fronteriza. En una carta del 15 de octubre de 1565 a un amigo jesuita, Menéndez de Avilés subraya la importancia de la labor misionera: 'Y es andar perdiendo el tiempo en esta tierra, pensar plantar en ella el Santo Evangelio con solo la milicia' (*C* 196). El significado de la llegada de barcos y bastimentos a la remota San Agustín se hace evidente de modo conmovedor en esa misiva: '[Q]ue todos recibimos gran consolación y alegría [de la llegada de navíos, pobladores y alimentos], y se andaban encontrando lo[s] que en este fuerte estaban los unos con los otros, llorando de placer, las manos y los ojos puestos en el cielo, alabando a Nuestro Señor' (*C* 196).

Igualmente interesante es la relación del adelantado con el cacique Carlos de la etnia calusa y cómo, para establecer la paz, Menéndez de Avilés casó con su hermana, bautizada doña Antonia. Preocupada porque el matrimonio no se había consumado, la princesa se apareció una noche en los aposentos del adelantado: 'Doña Antonia dijo por la lengua que le rogaba la acostase consigo en un canto de la cama, y que no se llegaría a él, para que su hermano Carlos supiese que habían dormido juntos, porque de otra manera pensaría que se reía de ella, y no quería ser amigo de verdad de los cristianos, ni ser cristiano como ella, de que le pesaría mucho' (Mercado, 2006: 174). Y este le contestó: '[Q]ue no le faltaba razón; más que Dios le mataría; que si ella quería que él se muriese, que se desnudase y acostase con él. Ella empezó entonces a echar los brazos al Adelantado, y díjole que porque no se muriese, no quería con él acostarse' (Mercado, 2006: 174). Las relaciones entre ambos se deterioraron cuando el adelantado usó a doña Antonia como rehén contra los tacobaga, grupo enemigo de los calusa.

Las cartas de Menéndez de Avilés y las crónicas sobre su actuación en la Florida son documentos claves para entender este período y entrever los altibajos de la vida de los pobladores en esa frontera. Su correspondencia se une a la conocida de Colón, Valdivia y Cortés; cada epistolario presenta las particulares ambiciones del autor así como un perfil del vínculo de la zona al proyecto imperial; asimismo, da cuenta de coyunturas únicas a las cuales se reacciona desde ultramar y desde la metrópoli, generalmente con flexibilidad. En el caso de la Florida, los peligros señalados en las cartas por el hábil marino, adelantado y corresponsal, en particular la piratería, terminarían por darle severos golpes a la presencia española en la zona. Baste recordar, doce años después de la muerte de Menéndez de Avilés, el devastador ataque de Francis Drake (1586) a San Agustín.

Alonso Gregorio de Escobedo, *La Florida* (c. 1600)

Poco sabemos del fraile franciscano Alonso Gregorio de Escobedo, autor de *La Florida*, un poema épico sobre esta zona fronteriza conformado por más de 21.000 versos dispuestos en treinta y siete cantos en metro de octava real[16]. Sí sabemos que este y un grupo de misioneros de la orden seráfica llegaron a San Agustín en 1587. Allá los recibió el gobernador Pedro Menéndez Marqués, sobrino de Menéndez de Avilés; Escobedo pasó casi inmediatamente a la vecina doctrina de Nombre de Dios. Se desconoce cuándo comenzó a escri-

bir ni por qué escribió su largo poema. Se sabe que retornó a la metrópoli antes del 20 de junio de 1593 porque rindió testimonio sobre el posible traslado de la villa de San Agustín a otro lugar (Sununu, 1992: 38-39). Como el autor comenta extensamente sobre la prosapia de las familias Guzmán y Mendoza, se ha especulado que perteneció a una de ellas. Al mismo tiempo, tampoco se deben olvidar los estrechos lazos entre los Guzmán y la orden franciscana: Juan de Guzmán (1466-1507), tercer duque de Medina Sidonia, construyó en Sanlúcar de Barrameda un monasterio principal para los miembros de esa orden; su generosidad le valió a él y a su hijo el rango de hermanos franciscanos (Sununu, 1992: 39). Igualmente, vale traer a colación que los franciscanos reemplazaron a los jesuitas en la evangelización de la Florida (1572) a raíz del martirio de varios ignacianos (1561) en la zona de la bahía de Santa María (Chesapeake Bay), en Ajacán (actual estado de Virginia), y su posterior fracaso en la catequización de los nativos en la Florida peninsular.

Como la posterior épica *Historia de la Nueva México* (1610) de Gaspar Pérez de Villagrá, el poema de Escobedo interesa desde la doble perspectiva histórica y literaria. Sus primeros diez cantos son de corte hagiográfico: se ocupan de la vida de san Diego de Alcalá; siguen dos cantos sobre acontecimientos de los cuales el poeta no fue testigo: la expedición de Juan de Silva de 1595 (Canto 11) y la rebelión de Guale de 1597 (Canto 12)[17]. La segunda parte (f177r-304v) trata de naufragios y de las luchas de los españoles contra ingleses y franceses; un apartado importante de esta sección detalla las depredaciones de Francis Drake en San Agustín, ocurridas un año antes de la llegada del autor a la zona. El Canto 24 (f304) inicia la tercera parte con la descripción del viaje de Escobedo de La Habana a tierras floridanas; al mismo tiempo, ofrece sus comentarios sobre el franciscano Alonso de Reinoso, el líder de los religiosos. A partir del Canto 26 (f326) priman las descripciones de la Florida; igualmente se detallan los usos y costumbres de sus habitantes, desde pecados hasta comidas. Los últimos setenta y cinco folios son de carácter evangelizador e incluyen las 'pláticas' o sermones del autor. El poema concluye con el bautismo de cien indígenas catequizados por Escobedo.

Desde una perspectiva histórica interesan, entre otros episodios, la descripción de la rebelión de Guale (Canto 12) tanto como la de las luchas entre los hugonotes franceses y los católicos españoles (Canto 30). En el poema, Menéndez de Avilés y el fraile Reinoso protagonizan eventos claves: el primero, la fundación de San Agustín y la guerra contra los protestantes; el segundo, repetidos periplos transatlánticos y el reclutamiento de religiosos para la obra misionera. El martirio de los cuatro franciscanos durante la rebelión de Guale (Canto 12) se representa con realismo; al mismo tiempo, Escobedo realza la piedad y fe de estos frailes cuyo comportamiento convierte en modelo apostólico. Ofrece también descripciones discutibles del indio: por un lado, nota sus defectos (lujurioso, cruel, bárbaro); y por otro, alaba su destreza y fortaleza para sobrevivir en un medio hostil. Siguiendo las ordenanzas de 1573 que regulaban las nuevas conquistas y exigían la conversión pacífica de los nativos, Escobedo lleva a cabo la labor catequizadora consciente de que muchos, una vez gasten los obsequios y trajes recibidos, volverán al paganismo: 'Y cuando algunos fueron bautizados / y se les ha rompido el vestimiento / se vuelven a sus ritos estragados / y lo tienen por gloria y por contento' (f352r). Esto trajo a la labor misionera el problema de cómo bregar con la presunta apostasía de los nativos recientemente evangelizados. Si el cronista cuzqueño Garcilaso de la Vega en *La Florida del Inca* representa positivamente al indígena floridano, Escobedo lo hace peyorativamente:

> Es gente miserable y pecadora.
> Es gente sin verdad y gobierno.
> Es que al demonio vil adora.
> Es gente que se va toda al infierno.
> Es gente de maldades la señora.

Es gente sin Jesús sempiterno.
Es gente sin discursos naturales.
Es gente no como hombres racionales. (f335v)

Con todo, el fraile persiste en su empeño teniendo siempre en cuenta 'el eterno descanso de la gloria' (f334v), en premio a su fe, devoción y esfuerzo.

La gráfica captación del ambiente le da al poema el toque verista presente en la épica española:

Es costa La Florida peligrosa
cercada de montañas y pantanos.
La gente que la ocupa es belicosa,
enemiga rabiosa de cristianos,
de suerte que si alguno salir osa
por el monte sin miedo de paganos,
si acaso vuelve vivo trae el pecho
lleno de flechas, harto a su despecho. (f327r)

La descripción de los trabajos de un grupo de expedicionarios que decidió abandonar la peligrosa región y caminar hasta la Nueva España igualmente confirma el matiz realista de la obra:

Los ríos que los míseros pasaron,
las malas noches y peores días,
los pueblos que por fuerza conquistaron,
dándoles cruda muerte a sus espías;
las comidas que a indios les quitaron,
los montes donde hicieron llanas vías
no lo podré cantar, ni soy bastante.
¡Otra lengua veloz los diga y cante! (f276r)

Desde una perspectiva literaria, el poema, como *La Araucana* (1.ª parte, 1569)[18], carece de un héroe único; más bien se perfilan varios actores principales (San Diego, el fraile Reinoso, Menéndez de Avilés, el propio Escobedo). Episodios como los de la caza de ballenas (f304v) y la rápida muerte de los cetáceos a manos de los nativos corresponden al espacio de la fantasía. Otros, como el del náufrago sevillano que vivió con los indígenas diecisiete años, se salvó gracias a su oficio de joyero y tuvo en una mujer indígena dos hijas, Antonia y Sebastiana, instruidas por él en la fe cristiana (f304, Canto 19), dan entrada a temas característicos de la épica americana. Al mismo tiempo, tales lances ofrecen instancias desde donde el punto de enunciación parece desplazarse hacia la periferia. En el espacio del poema hallamos un continuo tráfico de navíos y personas entre las islas del Caribe y la Florida, tránsito que anticipa la antigüedad y hasta naturalidad de tales intercambios en una zona fronteriza entonces y hoy. Si bien Escobedo, como él mismo observa, escribe 'con lengua ruda y verso mal limado' (f126r), en muchos momentos su canto logra alcanzar altura épica. La variedad de episodios, el largo periplo del autor por mar y tierra, su carácter de testigo presencial de los hechos y el empleo del patrón épico para realzarlos hacen de *La Florida* un texto clave de la frontera norte y una contribución singular a la poesía épica, modalidad tan apreciada entonces.

Inca Garcilaso de la Vega, *La Florida del Inca* (1605)

La Florida del Inca (Lisboa, 1605) es la crónica principal sobre la expedición de Hernando de Soto (1539-1543) a ese vasto territorio. Hay otros tres textos que narran diferentes aspectos de la fallida expedición de De Soto: 1) el relato de Luis Hernández de Biedma, el contador de la expedición, *Relación del suceso de la jornada que hizo Hernando de Soto, y de la calidad de la tierra por donde anduvo* (1544); 2) el del hidalgo de Elvas, *Relaçam verda-*

deira dos trabalhos q'ho Gouernador don Fernando de Souto y certos fidalgos portugueses passaron no descubrimiento da prouincia da Florida, publicado en Evora en 1557, y 3) el basado en el diario de Rodrigo Rangel, secretario de De Soto, contado a Gonzalo Fernández de Oviedo, quien lo recogió en su *Historia general y natural de las Indias* (libro 17, capts. 21-28)[19] en fecha posterior a la primera publicación de esa obra, y por tanto, no apareció impreso sino hasta el siglo XIX[20]. Investigaciones recientes dan cuenta de otros escritos sobre esta expedición (véase Lyon, 1995: 121-127).

Los relatos de Hernández de Biedma y Rangel son escuetos. En ellos predomina el interés por informar sobre la geografía, las distancias recorridas, los depósitos de comida y la resistencia indígena —o su ausencia— a la entrada española. La más elaborada de las narraciones mencionadas corresponde al hidalgo de Elvas. Sus cuarenta y cuatro capítulos ofrecen lo que vio y experimentó un soldado, con predominio de la información sobre itinerarios. Quizá por las conocidas rivalidades entre España y Portugal, este cronista no vacila en resaltar la crueldad de los españoles; en cuanto a los indígenas, comenta mayormente sobre sus buenas proporciones, estatura y alimentación. No debemos olvidar, por otro lado, que *La Florida del Inca* fue aprovechada por el cronista mayor, Antonio de Herrera y Tordesillas (1559-1625), en su *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano,* obra cuya publicación se inició en 1601. Sin embargo, el relato de la expedición de De Soto figura en la década XV, que no apareció impresa hasta 1615 (Miró Quesada, 1956: liv)[21]. Cabe preguntar entonces qué distingue la narración del cronista cuzqueño de las anteriores.

El Inca Garcilaso propone la conquista y colonización de la Florida por y para ella con el propósito de evangelizar a sus habitantes: '[D]igo que, para trabajar y haberla escrito [*La Florida del Inca*] no me movió otro fin sino el deseo de que por aquella tierra tan larga y ancha se extienda la religión cristiana; que ni pretendo ni espero por este largo afán mercedes temporales' (*F*, Proemio, 8-9)[22]. En contraste con los otros relatos floridanos, el Inca no solo describe sucesos; articula un objetivo, lo amplia y lo desarrolla. Tal despliegue le permite ofrecer una novedosa interpretación de los hechos que va más allá del aspecto evangelizador[23]. La inclusión de anécdotas y relatos aparentemente separados de la narración central forma parte de un esfuerzo por iluminar los rincones de la historia, por traer a colación las varias aristas de un acontecimiento y por notar su impacto en geografías y sujetos diversos. Por ello Hernando de Soto figura como conquistador aguerrido; pero también, por medio del prisma de incidentes menores, lo vemos como persona apasionada y ambiciosa cuyos gustos y disgustos los llevaron a él y a sus hombres a la ruina. El cronista da cuenta del valor de los conquistadores pero también de su codicia; de este modo pone en tela de juicio sus acciones y la propia empresa imperial. Al mismo tiempo, liga todo ello al fracaso de la evangelización en tierras floridanas, en particular al mal ejemplo que contradice las enseñanzas cristianas.

Su aporte más innovador, sin embargo, es la representación del indígena, a quien parangona con el europeo y en todo momento presenta como sujeto capaz. Así, la señora de Cofachiqui figura como dama ilustre y astuta diplomática, quien, con su conducta, se gana el respeto de los expedicionarios (*F*, cap. 3, libros 10 y 11). El cronista niega con vehemencia el canibalismo de los indios y explica por qué los llama caballeros: 'Este nombre caballero en los indios parece impropio porque no tuvieron caballos, de los cuales se dedujo el nombre, más, porque en España se entiende por los nobles, y entre indios los hubo nobilísimos, se podrá también decir por ellos' (*F*, libro 2, 1.ª parte, cap. 1, 47)[24].

En consonancia con ideas popularizadas en la temprana modernidad, el Inca Garcilaso juzga al ser humano no por su prosapia sino por su comportamiento; al aplicar este rasero, la conducta desplaza la procedencia y la etnia[25]. El autor no pierde ocasión de recalcar la capacidad de actuación del indígena, aun en las circunstancias más difíciles. Así, cuan-

do los españoles ya están en sus barcos y de retirada a México, un indio los increpa desde la ribera del Misisipi: 'Si nosotros tuviéramos canoas grandes como vosotros —quiso decir navíos— os siguiéramos hasta vuestra tierra y la ganáramos, que también somos hombres como vosotros' (*F*, libro 6, cap. 10, 414). En el capítulo final, (Libro 6, cap. 22), el autor ofrece una relación de los mártires de la Florida. Aquí también se impone la mirada dual. Como un telescopio que acerca lo lejano y borroso, por medio del encuentro en el campo andaluz de Gonzalo Silvestre con siete indios de la Florida, el cronista ilumina la narración y la historia de la región al colocar el incidente en un contexto más amplio. Cuando el antiguo compañero de De Soto se identifica y les pregunta a los indios sobre su origen, ellos responden: '¿Dejando vosotros esas provincias tan mal paradas como las dejasteis queréis que os demos nuevas de ellas?... De mejor gana les diéramos sendos flechazos que las nuevas que nos pide' (*F*, libro 6, cap. 22, 447). Por medio de este episodio el cronista muestra, desde dentro, tanto las trágicas consecuencias de la conquista como la audacia de los floridanos. Conforma así una problemática versión de la historia en la que Europa y América —la del Norte y la del Sur— aparecen indisolublemente ligadas: la frontera floridana y sus habitantes cambiarán de modo radical como consecuencia de la política interna de la Corona y las ambiciones imperiales de otros poderes europeos, en particular Inglaterra y Francia, potencias enemigas de España.



Inca Garcilaso de la Vega.

La mirada dual y moderna del Inca Garcilaso deviene panamericana y global. El cronista de Indias mestizo y natural del Cuzco representa los hechos en toda su complejidad al concitar una pluralidad de experiencias y actores. Esta novedosa visión le permite reubicar los acontecimientos ocurridos en geografías ajenas y propias en una dimensión simbólica. Su estrategia obliga a reflexionar sobre el exacto sentido de la historia compartida, porque la veracidad de *La Florida del Inca* va más allá de lo fáctico.

La Nueva México

Fray Marcos de Niza, *Relación del descubrimiento de las siete ciudades* (1539)

Guiado por el esclavo norafricano Esteban o Estebanico, el compañero de Núñez Cabeza de Vaca en su largo periplo por Norteamérica, el fraile franciscano Marcos de Niza (?-1558), misionero con anterior experiencia en Perú y Guatemala, salió en marzo de 1539 del pueblo de San Miguel en la provincia de Culiacán en busca de las siete ciudades de Cíbola. Sus fabulosas riquezas se comparaban con las de México-Tenochtitlan y el Cuzco, tema ya fijado en el imaginario de conquistadores reales y presuntos. Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España (1535-1550)[26] —y después del Perú ,1551-1552—, había dado instrucciones específicas a los expedicionarios en cuanto al buen trato de la población nativa, así como sobre las necesarias averiguaciones de la cantidad y distribución de los habitantes, las posibilidades de evangelización y la fertilidad de la tierra y su proximidad

o no a la costa[27]. Integrada por muchos indígenas de la zona del río Petatlán a quienes se les había advertido del carácter pacífico de la exploración[28], esta viajó al norte y llegó hasta los estados modernos de Arizona y Nuevo México, en las cercanías del pueblo zuñi de Hawikuh. Fray Marcos detalló este periplo y describió las riquezas de esas míticas urbes en su *Relación del descubrimiento de las siete ciudades*. Como la difusión de este breve documento despertó el interés en nuevas exploraciones y asentamientos permanentes en la zona, y también a su autor se lo acusó de impostor, se lo considera un texto central entre los que describen la expansión de la frontera norte.

'Sayota' u 'hombre del cielo' fue el nombre dado a fray Marcos por los indígenas de la costa y las islitas vecinas con los cuales tuvo contacto (p. 149)[29]. Estos le dieron noticias de que a cuatro o cinco jornadas al norte había grandes poblaciones donde habitaba gente vestida de algodón y había oro. En Vatacapa —¿la antigua misión de Matapé?— el franciscano decidió enviar mensajeros hacia la costa, y a Esteban hacia el norte. Sus instrucciones al guía y esclavo fueron precisas: '[S]i tuviese alguna noticia de tierra poblada y rica que fuese cosa grande, que no pasase adelante, sino que volviese en persona o me enviase indios con esta que concertamos: ...si la cosa fuese razonable, me enviase una cruz blanca de un palmo; y si fuese cosa grande, le enviase dos palmos; y si fuese cosa mayor y mejor que la Nueva España, me enviase una gran cruz' (p. 149). Los mensajeros de Esteban retornaron después de cuatro días con una cruz 'de estatura de un hombre' (p. 149). Uno de ellos rindió el siguiente informe:

> Que en esta primer[a] provincia hay siete ciudades muy grandes, todas debajo de un señor, y de casas de piedra y de cal, grandes; las más pequeñas de un sobrado y una azotea encima, y otras de dos y de tres sobrados, y la del señor de cuatro, juntas todas por su orden; y en las portadas de las casas principales muchas labores de piedras turquesas de las cuales, dijo, que hay en gran abundancia. Y que las gentes de estas ciudades anda muy bien vestida. Y otras muchas particularidades me dijo, así destas siete ciudades como de otras provincias más adelante, cada una de las cuales dice ser mucho más cosa questas siete ciudades; y para saber de él como lo sabía tuvimos muchas demandas y respuestas, y hallele de muy buena razón. (p. 150)

Basándose en estas noticias y en las nuevas de otros mensajeros de Esteban que repitieron las bondades de la tierra —era 'la mejor y mayor cosa que jamás se oyó' (p. 151)—, el franciscano emprendió viaje hacia el norte. Al entrar en contacto con nuevos mensajeros de Esteban, supo que este ya había partido hacia Cíbola, la primera de las ciudades, y también tuvo noticias de otros reinos de la zona. Como entonces para los europeos la vestimenta indicaba grados de sofisticación y civilización, fray Marcos documenta las observaciones de los nativos sobre ello: hombres y mujeres de esos ricos reinos vestían unas camisas de algodón hasta los pies, de mangas muy anchas. Las ataban con cinturones de turquesas; sobre ellas se echaban mantas o cueros de vaca labrados, atuendos apreciados y abundantes en la zona. El fraile parangona esta vestimenta con el 'vestido bohemio'[30].

Durante el trayecto en alcance de Esteban, fray Marcos y sus compañeros continúan recibiendo noticias excepcionalmente positivas sobre las ciudades al norte; entre ellas les llamó la atención la de Totonteac, donde, según les informaron, había animales de los cuales se podía sacar una lana semejante a la del hábito del franciscano (p. 152)[31]. Muchas de estas noticias las proveen nativos de la zona que han ido al norte, hacia Cíbola, con el propósito de intercambiar su trabajo por objetos y vestidos muy apreciados (p. 153); ello da cuenta de la antigüedad del trasvase de personas, bienes y mano de obra en la frontera norte. A estas nuevas el autor añade lo que él y sus compañeros observan en el viaje: nativos con turquesas colgadas de la nariz y las orejas, gente con 'buenas naguas y camisas', abundancia de cueros de vacas. En la zona atravesada hay 'tanta noticia de Cíbola, como

en la Nueva España, de México y en el Perú, de Cuzco' (p. 153). Los mensajes de Esteban, con quien todavía no se han encontrado, indican además que los nativos de la zona son fieles informantes, aseveración confirmada por el fraile. Las noticias de riqueza las corrobora un natural de Cíbola, exiliado de esa ciudad por su señor:

> Díjome que Cíbola es una gran ciudad, en que hay mucha gente y calles y plazas, y que en algunas partes de la ciudad hay unas casas muy grandes, que tienen a diez sobrados, y que en estas se juntan los principales ciertos días del año; dicen que las casas son de piedra y de cal, por la manera que lo dijeron los de atrás, y que las portadas y delanteras de las casas principales son de turquesas; díjome que, de la manera desta ciudad, son las otras siete, y algunas mayores, y que la más principal dellas es Ahacus. (p. 154)

La *Relación* pasa a detallar el encuentro con los indígenas que habían acompañado a Esteban y cómo estos cuentan, con temor, la muerte del guía. En efecto, Esteban envió a los señores de la ciudad sus mensajeros con un 'calabazo con plumas y cascabeles', anunciando su llegada y próxima visita. Ellos respondieron advirtiéndole que no se atreviera a entrar; el guía y esclavo desafió el mandato y lo mataron. A duras penas fray Marcos pudo convencer al grupo que lo acompañara a las cercanías de Cíbola, y pasa a informar: '[Cíbola] tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en estas partes yo he visto; son las casas por la manera que los indios me dijeron, todas de piedra con sus sobrados y azoteas, a lo que me pareció desde un cerro donde me puse a verla. La población es mayor que la ciudad de México' (p. 158). Si bien el fraile tuvo deseos de visitarla, los reprimió por ser el único capaz de dar noticias de una tierra que, viéndola solo a la distancia y basándose en ajenos testimonios, justipreció como 'la mayor y mejor de todas las descubiertas' (p. 158). Tal y como le había encargado el virrey Mendoza — colocando dos cruces—, fray Marcos reclamó Cíbola y otras siete lejanas poblaciones para la Corona española. A su regreso se encontró a Francisco Vázquez de Coronado (1510-1554), entonces gobernador de la Nueva Galicia, y a Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España, en Compostela. Allí, ante ellos y otros testigos, certificó, bajo juramento, la verdad de lo escrito en su *Relación del descubrimiento de las siete ciudades*.

Si bien se le ha tachado de impostor, una lectura de la *Relación* muestra que fray Marcos se basa en todo momento en la información que recibe de otros para construir su relato y dar cuenta de la magnificencia de las siete ciudades de Cíbola[32]. Los reportativos 'Díxome', 'me dijeron', 'hay noticias' colorean su caracterización. Al final de la narración, cuando desde una colina contempla la ciudad, se atreve a compararla con México en cuanto a extensión. Nunca afirmó haber entrado en la ciudad zuñi. Sin embargo, el poder de la palabra, ya escrita, ya oral, unido a las ambiciones del virrey Mendoza y de su protegido, Vázquez de Coronado, servirá de fundamento para lanzar una importante expedición (1540-1542), con más de 300 españoles, algunos esclavos africanos, al menos tres mujeres, varios franciscanos (incluyendo a fray Marcos) y cerca de 1.300 auxiliares indígenas mexicanos. Esta se adentrará en territorio de la frontera norte; paralelamente, Fernando de Alarcón saldrá al mando de una expedición marítima que debía encontrar y avituallar a la primera —entonces se creía, erróneamente, que había una distancia corta entre el Pacífico y la ruta de la expedición terrestre—. Ninguna 'entrada' rendirá tesoro en oro y plata; ni una ni otra será ejemplar en el tratamiento de los diversos grupos étnicos encontrados (los zuñi, los hopi, los pueblo). No obstante, en búsqueda de metales preciosos y de las siete ciudades (Cíbola, Quivira), los expedicionarios se adentraron en Norteamérica y atravesaron los actuales estados norteamericanos de Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma y Kansas. De este modo dieron a conocer la geografía de un vasto territorio, incluyendo el cañón del río Colorado, poblado por diversos señoríos étnicos. Estos rechazaron a los extranjeros porque no cumplían su palabra y los maltrataban; asimismo, los vieron como una plaga capaz de acabar en poco tiempo con los alimentos almacenados y los vestidos guardados.

De la misma forma que el periplo de Núñez Cabeza de Vaca y sus correspondientes informes en la Nueva España justificaron la expedición de fray Marcos, el testimonio del fraile y su *Relación* sirvieron de fundamento para la gran expedición de Francisco Vázquez de Coronado (1540-1542).

Pedro de Castañeda de Nájera, *Relación de la jornada de Cíbola* (c. 1560-1565)[33]

La *Relación de la jornada de Cíbola* del expedicionario Pedro de Castañeda de Nájera ofrece la historia más completa de la saga de Vázquez de Coronado. Esta narración interesa por su elaborada factura, su contribución al conocimiento de la región y su descripción de las diversas etnias, y porque en ella figuran tópicos frecuentes en los relatos indianos del contacto hispano-indígena.

El autor presenta la obra y su contenido en un Proemio probablemente dirigido a Alonso de Zorita, oidor de la Audiencia de la Nueva España, quien en cartas a la Corona había manifestado interés en patrocinar una nueva expedición hacia la región de Cíbola[34]. En este prólogo, Castañeda de Nájera explica por qué escribe: 'Mi intención no es ganar gracias de buen componedor ni retórico, salvo querer dar verdadera noticia y hacer a vuestra merced este pequeño servicio' (Proemio 62). También da cuenta de la estructura tripartita de la *Relación*: la primera (veintidós capítulos) y la tercera parte (nueve capítulos) se ocupan de los sucesos de la expedición capitaneada por Vázquez de Coronado; la segunda sección (ocho capítulos) se centra en descripciones de los pueblos indígenas, sus ritos y costumbres así como en la flora y fauna de la región. Si bien esta digresión ocurre cuando en el relato cronológico los expedicionarios se retiran a invernar en Tiguex, Carmen de Mora ha sostenido que muy probablemente Castañeda de Nájera quebró la secuencia con el propósito de atraer al lector curioso, informarle de varias primicias y darle así variedad a lo contado (1992: 44-45). El aspecto novedoso lo reafirma el narrador en su caracterización del relato: '[C]reo que no le faltara de qué dar relación que, tratar de verdad, fuera tan admirable que pareciera increíble'; asimismo, establece un contraste entre lo contado por él y las 'novelas' o falsedades de lo dicho por otros durante los años transcurridos a partir de la fecha inicial (1540) de la expedición (p. 61). Cuando en el Proemio el narrador se proclama autor verdadero, trae al discurso el debate entre las crónicas de Indias y las novelas de caballería, entre verdad y verosimilitud. Al mismo tiempo, añade al viejo tópico otra matización: para él las hazañas de los conquistadores son más admirables que las caballerescas tanto por ser reales como por llevarse a cabo con mínimos recursos (Mora, 1992: 49-50).

El relato está marcado, como es frecuente en historias y relaciones indianas, por la presencia del demonio ligada a las prácticas religiosas de los nativos o como interferencia en los planes de catequización de los misioneros; todo ello contribuye a realzar la necesidad de reducir y evangelizar a una población neófita. Entre las menciones a Satanás sobresale la visión de un joven soldado quien 'dio a entender que le había dicho el demonio que matase al general [Vázquez de Coronado] y lo casaría con doña Beatriz, su mujer, y le daría grandes tesoros...' (p. 74). Este aspecto contribuye a subrayar el carácter fronterizo de la *Relación* también evidente en comparaciones asociables con la presencia de los musulmanes en la Península y los muchos contactos con ellos en navegaciones por el Mediterráneo y los mares de la costa norte y oeste de África. Así, en camino a Quivira, otra mítica ciudad, los expedicionarios encontraron 'una india tan blanca como mujer de Castilla, salvo que tenía labrada la barba como morisca de Berbería' (p. 102); a uno de los informantes indígenas lo apodaron el Turco 'porque lo parecía en el aspecto' (p. 86). De este modo el descubrimiento y sujeción de las siete ciudades se liga a la empresa caballeresca y religiosa de la reconquista anunciada por las míticas ciudades y reforzada por alusiones a costumbres y tipos musulmanes (Mora, 1988: 51-55).

En cuanto a la información antropológica, De Mora apunta correctamente que su abundancia bien pudo causar la censura de la obra pues las costumbres descritas, en particular las referentes a comportamientos sexuales y creencias religiosas de los indígenas, atentaban contra las normas de la época. La condena de parte del autor de los excesos de sus compatriotas igualmente pudo contribuir a su falta de circulación (Estudio 46-47).

Entre lo más notable de la *Relación* está su representación positiva del amerindio. Esta corrobora lo observado en la narración de fray Marcos de Niza; sin embargo, en la de Castañeda de Nájera se da en dos ámbitos: en la segunda parte, cuando trata de distinguir a los diferentes grupos étnicos de la zona, y en la primera y tercera, donde contrasta la crueldad de los conquistadores y la bondad de los nativos. Describe a los últimos como guerreros valientes, muy cuidadosos del cumplimiento de la palabra. Los primeros figuran como irrespetuosos, poco experimentados e indiferentes al sufrimiento nativo. Por ello no sorprende leer sobre el intento de violación de una mujer indígena y de la burla a su marido de parte de un innominado expedicionario (p. 91); o cómo, al escuchar la alharaca nocturna de los indios, algunos conquistadores bisoños ensillaron sus caballos al revés (p. 76). La quema de más de doscientos indígenas después de la revuelta de Tiguex (o Tiguez) es uno de los episodios más dramáticos de la *Relación*. Indiferente a los ruegos de algunos expedicionarios y apoyado por el silencio de otros, el maestre de campo García López de Cárdenas decidió hacer escarmiento de los indios que se habían entregado (p. 92)[35]. Este episodio, según explica Castañeda de Nájera, sembró la desconfianza entre la población nativa y dificultó el avance de la expedición (p. 93). Es interesante observar que la figura de Marcos de Niza aparece cuando rechaza las acusaciones de impostor de parte de los expedicionarios y los trata de convencer de la factibilidad de la empresa[36].

La *Relación* representa a un vasto y poblado territorio cuyos habitantes autóctonos pueden convertirse en súbditos idóneos de la Corona; tal presea, parece insinuar el autor, se perdió por la ineptitud de los expedicionarios y de su líder, Francisco Vázquez de Coronado (p. 70)[37]. Si, como se ha propuesto recientemente, la *Relación* se redactó con el propósito de conseguir autorización para una nueva expedición a la frontera norte de la Nueva España, la señalada ordenación de los sucesos así como los comentarios del narrador y testigo presencial reforzarían las excelentes condiciones de la Nueva México, la necesidad de enviar a la zona líderes aptos, la importancia de lograr la colonización de modo pacífico y la urgencia de asentar allí el poder español. De este modo su autor se ofrece como súbdito ideal: guerrero experimentado, por sus anteriores servicios; buen letrado, por el documento redactado y puesto a disposición de una autoridad capaz.

Gaspar Pérez de Villagrá, *Historia de la Nueva México* (1610)

Atraídas por este inédito territorio dos expediciones menores —la de Rodríguez[38] 'Chamuscado'[39] (1581-1582) y la Antonio de Espejo (1582-1583)— se internaron en la Nueva Tierra y sus participantes dejaron constancia de lo visto en cartas y testimonios[40]. En 1595 el virrey Luis de Velasco autorizó la entrada de Juan de Oñate (c. 1551-c. 1651)[41], un rico criollo de una familia minera de Zacatecas, casado con Isabel Tolosa Cortés Moctezuma, biznieta del emperador Moctezuma II y nieta de Hernán Cortés. Siguiendo las ordenanzas reales de 1573, Oñate se comprometió a costear la empresa de su propio peculio y al buen trato de la población nativa. Después de más de dos años de dilaciones, la expedición partió con cerca de quinientas personas, incluyendo mujeres, niños, esclavos, auxiliares mexicanos y diez franciscanos. Cruzaron el desierto de Chihuahua y navegaron el río Bravo hasta la actual ciudad de El Paso; el 30 de abril de 1598, el flamante adelantado tomó posesión oficial de esas tierras. Más adelante, Oñate, por medio del fraile Francisco de Escobar, envió un informe muy positivo al nuevo virrey, comentando tanto las extraordinarias riquezas como las peculiares monstruosidades de la Nueva México —seres con orejas extendi-

das hasta el suelo; personas alimentadas del olor de la comida porque carecían de aparato digestivo, hombres cuyos miembros viriles eran tan enormes que se los enroscaban alrededor de la cintura (Weber, 1992: 84)—. Otros informes que daban cuenta de la pobreza de la zona, los abusos contra los indígenas y el maltrato hacia los colonizadores de parte de Oñate ya habían llegado al virrey, quien le pidió al soberano español la remoción del adelantado, finalmente efectuada en 1606.

El hecho más escandaloso entre los perpetrados por Oñate y su gente fue la matanza de Ácoma y el castigo a los indígenas rebeldes. En el invierno de 1598 comenzaron a escasear los alimentos; los expedicionarios entraban en los pueblos y trataban de conseguirlos por medio de la rapiña, la tortura y la violación. Hastiados, los indígenas de Ácoma, aunque habían jurado fidelidad a la Corona durante la expedición de Vázquez de Coronado, en un ataque sorpresivo mataron a once expedicionarios y a su capitán, Juan de Zaldívar, sobrino de Oñate. El adelantado consultó a los frailes franciscanos sobre el castigo a los acomeses; los religiosos concluyeron que, dado su anterior juramento de fidelidad, el castigo era lícito y podían ser tratados como rebeldes. Vicente de Zaldívar, hermano del asesinado capitán, conminó a los acomeses a rendirse o enfrentar la guerra 'a sangre y fuego' (1599). Por medio de un ardid, Zaldívar y sus setenta hombres llegaron al peñol; después de tres días de ardua lucha, incluyendo con piezas de artillería, sometieron al pueblo; de los acomeses murieron quinientos hombres y trescientos niños y mujeres (Weber, 1992: 86). Los prisioneros (ochenta hombres y más de quinientos niños y mujeres) fueron juzgados, defendidos por un abogado y hallados culpables. A los sobrevivientes se les administró el castigo: a los hombres entre los doce y veinticinco años, veinte años de servicio; a los mayores de veinticinco, la amputación de un pie y veinte años de servicio; los niños menores de doce años fueron declarados inocentes, pero apartados de su familia y entregados a los franciscanos (Weber, 1992: 86).

Cuando se juzgó (1614) la actuación de Oñate, este fue absuelto de varias acusaciones y hallado culpable de otras: adulterio, maltrato de expedicionarios, colonizadores y sacerdotes y abusos contra la población indígena. Fue multado y exiliado de por vida de la Nueva México. Sin embargo, Oñate rehizo su fortuna concentrándose en las minas de plata de Zacatecas; se dedicó a rehabilitar su nombre por medio de apelaciones a la Corona. Finalmente, se mudó a España (1621); allí logró el ingreso a la Orden de Santiago y el perdón parcial del rey, quien lo empleó como inspector de minas hasta su muerte en 1626 (Weber, 1992: 85-87).

Los sucesos de esta expedición los cantó el criollo angelopolitano Gaspar Pérez de Villagrá (c. 1555-1620) en un poema épico, *Historia de la Nueva México* (Alcalá de Henares, 1610). Después de su participación en las lides de la frontera norteña, Pérez de Villagrá fue alcalde mayor en las minas de Guanacevi y Nuestra Señora de Alancón en Nueva Vizcaya (1601-1603); dos años más tarde presentó ante la audiencia de Guadalajara su probanza de méritos; parece ser que después viajó a España (1605) y allá permaneció hasta 1608, cuando regresó brevemente a México. Por sus acciones en la expedición de Oñate, el soldado y autor fue juzgado y condenado *in absentia* a dos años de exilio de México y seis años de la Nueva México[42]. Dos cartas suyas dirigidas al tribunal de la Inquisición lo muestran como individuo amigo de litigios, preocupado por las herejías y la limpieza de sangre (Mejía Sánchez, 1970: 7-21). Sobre su vida en Madrid no hay detalles; sí se sabe que pasó años como pretendiente y al fin logró un nuevo destino como alcalde mayor de Zapotitlán en Guatemala. Nunca ocupó el puesto porque murió (c. 1620) en la travesía transatlántica (Encinias, Rodríguez y Sánchez, 1992: xvii-xviii; Peña, 1996: 44-45)[43].

Historia de la Nueva México consta de 12.000 versos endecasílabos sin rima, dispuestos en treinta y cuatro cantos[44]. Antecede a la *General History of Virginia, New England and the Summer Isles* (1624) de John Smith en catorce años. Pérez de Villagrá, bachiller por la

Universidad de Salamanca, capitán de Oñate y participante en la batalla de Ácoma, ofreció en su poema dedicado a Felipe III una imagen heroica del adelantado y sus expedicionarios. En los preliminares de la obra encontramos sonetos en honor de Oñate y del autor, entre ellos los firmados por el maestro Espinel, Luis Tribaldo de Toledo y Bernarda Liñán. Al situar la *Historia de la Nueva México* conviene recordar que cuando en 1569 se publicó la primera parte de *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, la obra se convirtió en un *best seller* y su autor en uno de los más celebrados e imitados. El éxito de Ercilla y el prestigio del género épico, con sus antiguas raíces remozadas durante el Renacimiento, dieron lugar a muchos imitadores, entre ellos Gaspar Pérez de Villagrá.

El primer canto de la *Historia de la Nueva México* anuncia los temas que el poeta, soldado y testigo, desglosará: el descubrimiento de la zona, la exploración del río Norte, los combates con los nativos, las vicisitudes de los indígenas Polca, Milpo y Mompel, la dureza de la frontera, la escasa recompensa a los expedicionarios, los desacuerdos entre los acomeses, la muerte de los principales señores y sus esposas y parientes, el triunfo de las armas españolas con la toma del peñol de Ácoma, el juicio y castigo a los 'rebeldes'. Curiosamente, el texto recoge, en prosa, el parecer de los franciscanos a quienes Oñate consultó antes de ordenar la guerra contra los acomeses (Canto 25). Como en el caso de Ercilla, el autor figura como personaje en el poema[45], donde aparecen temas frecuentados por la épica: el lugar ameno (Canto 14, 126-127); el cambio de la fortuna (Canto 19, 175); las parejas indígenas (Canto 13, Canto 30), y los milagros en la aparición de la Virgen y el apóstol Santiago en la batalla de Ácoma (Canto 34, 297). La referencia a las 'vacas' o bisontes y la habilidad de sus cazadores (los apaches) conforman un novedoso sector del Canto 17.

La crítica ha relacionado la descripción de Gicombo, un dirigente acomese (Canto 26, 22-29), con la de Caupolicán en *La Araucana*. Como en el poema ercillesco, la descripción de la valentía de los guerreros indígenas y del fragor de los enfrentamientos recuerda a los araucanos y sus combates contra los españoles[46]. La despedida de Gicombo y su compañera Luzcoija antes de la batalla de Ácoma muestra a Pérez de Villagrá como delicado poeta y le añade a la obra el esperado contraste entre lo bélico y lo sentimental. La voz de Luzcoija destila así sus sentimientos:

> Si el grato y limpio amor que te he tenido,
> Amándote mil vezes más que el alma
> Merece que me des algún alibio,
> Suplícote, señor, que no permitas
> Que venga en flor tan tierna a marchitarse
> La que entender me has dado que fue siempre
> Para ti más gustosa, grata y bella
> Que la vida que vives y que alcanzas.
> Por cuia cara prenda te suplico
> Que si vienes, señor, para volverte,
> Que el alma aquí me arranques, que no es justo
> Que viva yo sin ti tan sola un hora. (Canto 30, 261)

Mientras Gicombo le responde:

> ...Señora,
> Iuro por la belleza de essos ojos,
> Que son descanso y lumbre de los míos,
> Y por aquesos labios con que cubres
> Las orientales perlas regaladas,
> Y por aquestas blandas manos bellas
> Que en tan dulze prisión me tienen puesto,
> Que ya no me es possible que me escuse
> De entrar en la batalla contra España
> Por cuia causa es fuerza que te alientes

Y que también me esfuerzes porque buelva
Aquesta triste alma a solo verte,
Que, aunque es verdad que teme de perderte,
Firme esperanza tiene de gozarte.
Y aunque mil vezes muera te prometo
De bolver luego a verte y consolarte,
Y porque assí, querido amor, lo entiendas
El alma y corazón te dexo en prendas. (Canto 30, 261-262)

Teniendo en cuenta la participación del autor en los hechos narrados, tradicionalmente *Historia de la Nueva México* se ha justipreciado como un documento fidedigno sobre la expedición de Oñate. Dado el evidente artificio en la presentación de personajes europeos e indígenas, el aprovechamiento de temas tradicionales de la épica, el propósito laudatorio del poeta y el tratamiento del material americano, la obra debe igualmente valorarse por sus calidades literarias y estudiarse dentro del amplio conjunto de poemas que siguieron y trascendieron las pautas de Alonso de Ercilla. Hoy día los méxico-americanos o chicanos lo consideran parte integral de su añeja y mestiza tradición cultural que remontan a la mítica Aztlán.

Los textos comentados plantean viejas y nuevas preguntas. ¿Por qué, en el estudio del temprano contacto entre España y América, estas voces han permanecido relegadas o ignoradas? ¿Por qué se las excluye en recuentos de la historia cultural de los Estados Unidos? Al reflexionar sobre recientes direcciones en el campo de los estudios interdisciplinarios en el ámbito colonial y transatlántico, es evidente que urge recuperar este legado e incorporarlo al debate crítico para mostrar su complejidad, ramificaciones y vigencia. Dada la importancia de la frontera norteña —la Florida y la Nueva México— en una época —la actual— que paradójicamente cancela y marca bordes, apremia acercarnos a quienes escribieron para dejar memoria de hechos 'dignos de que la pluma los levante' (Pérez de Villagrá, Canto 1, 4). Porque 'la verdad histórica... no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió' (Borges, 1970: 59).

Notas

[1] Es el famoso Northwest Passage. Juan Rodríguez Cabrillo lo buscó en 1542 bordeando las costas de la Alta California.

[2] Sobre cómo y por qué se estudian textos tan desiguales dentro de la literatura, véase Zamora (1987).

[3] La ínsula aparece en el mapamundi de Ruysch (1508) y en el globo de Schöner (1523) (Mora, 1992: 34). Sobre las ramificaciones del mito, véase Mora (1992: 34-36).

[4] Documento legal redactado en 1513. Se debía leer antes del inicio del combate: si los nativos aceptaban ser súbditos del monarca español, se les garantizaba la libertad; en caso contrario, se les privaba de libertad y propiedad. Se fundamentaba en las *Bulas de Donación* de 1493: el papa Alejandro VI podía anular los derechos de príncipes bárbaros y transferirlos a monarcas cristianos, en este caso a Fernando e Isabel, los Reyes Católicos.

[5] El último (Sepúlveda) defendió la guerra justa contra los indígenas a causa de sus pecados e idolatría; el primero (Las Casas), por medio de ejemplos de la civilización y forma de gobierno de las diversas culturas americanas, mostró su capacidad.

[6] Sobre la reacción de los soldados en la Florida a estos reglamentos, véase Bushnell (en Chang-Rodríguez, 2006: 94-96).

[7] Hoy se la conoce como *Naufragios*. Su largo título es: *La relación que dio Álvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaecido en las Indias en la armada donde iba por gobernador Pánfilo de Narváez, desde el año de veinte y siete hasta el año de treinta y seis que volvió a Sevilla con tres de su compañía*. Cito la obra por la edición bilingüe Adorno-Pautz basada en la de 1542. Indico el volumen, la página y el folio correspondientes. He modernizado la ortografía y marcado las tildes.

[8] Era de Azamor, ciudad árabe ocupada por los portugueses (1513-1552). Vid. Adorno y Pautz vol. 2: 414-422.

[9] Apoyándose en un informe rendido en México por Núñez Cabeza de Vaca, Del Castillo Maldonado y Dorantes, y hoy perdido, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés recogió en su *Historia general y natural de las Indias* (1525-1548) el recuento de lo ocurrido a la expedición de Narváez (libro 35, caps. 1-6); después, cuando leyó la *Relación* y la comparó con el informe conjunto, Oviedo dio fe de su autenticidad (libro 35, cap. 7) (Adorno y Pautz, 1999, vol. 3: 4-5; 18-30). Oviedo no fue el único que se aprovechó de la *Relación* de 1542. Adorno y Pautz descubrieron en la *Crónica del emperador Carlos V* (c. 1551), obra del cosmógrafo y cronista oficial Alonso de Santa Cruz (1505-1572), una versión de lo ocurrido a la expedición de Pánfilo de Narváez. Han especulado que sus fuentes bien pudieron ser el documento de

1542 o un resumen de este, probablemente un informe secreto de Dorantes y Núñez Cabeza de Vaca al emperador (vol. 3: 50-52).

[10] Sobre la lectura del Inca Garcilaso de la *Relación* en su versión de 1555, véase Adorno (en Chang-Rodríguez, 2006: 149-180).

[11] Véase la carta del 15 de octubre de 1565 dirigida a Felipe II donde Menéndez de Avilés describe estos trágicos sucesos (*C* 139-159). En 1565 llegaron a la zona 1500 pobladores, muchos la abandonaron; para 1575 vivían solo 75 personas en San Agustín (Arnaud et ál., 1991: 95). En cuanto a los datos biográficos sobre Menéndez de Avilés, los resumo de Lyon (1976: *Enterprise*) y de Mercado (2006: Introducción).

[12] Por presiones de la población nativa fue evacuada del todo en 1586. Jamestown, el primer establecimiento inglés, se fundó en 1607.

[13] Para otros detalles del plan de colonización véase Mercado, 2006: 24-31.

[14] Cito esta documentación por las ediciones de Juan Carlos Mercado. Indico entre paréntesis la procedencia del documento (*C* por carta); cuando se trata de las crónicas sobre Menéndez de Avilés, doy el nombre del autor y el número de página.

[15] Mercado (2006) ha estudiado y anotado cincuenta y nueve cartas, escritas entre 1555 y 1574. La última, fechada en Santander a 8 de septiembre de 1574, Menéndez de Avilés la escribió ocho días antes de morir víctima de la plaga (*C* 290-293).

[16] El poema se encuentra en los fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 187); se ha publicado parcialmente. Alexandra Sununu en su tesis doctoral (1992) del Graduate Center, City University of New York (CUNY), hizo un estudio completo de este poema y preparó una edición anotada del mismo. Cito el poema por esta edición e indico el número del folio. He marcado las tildes y modernizado el deletreo.

[17] El cacique Juanillo, desafecto a los españoles, acabó con la misión franciscana de Santa Catalina de Guale (presuntamente situada en la isla de Saint Catherine, en el actual Estado de Georgia) porque los frailes y pobladores habían apoyado a un rival suyo en la lucha por la sucesión. En respuesta, el gobernador Gonzalo Méndez Canzo (1597-1603) atacó a los guale. La devastación a los indígenas y la obra misionera en la zona fueron enormes. Según otros, la prédica de los franciscanos contra la poligamia fue la causa principal de la rebelión.

[18] Véase la introducción de Isaías Lerner a la edición de este clásico.

[19] Por las diferencias en la cronología y la toponimia, Miró Quesada no cree que el Inca haya tenido oportunidad de consultar este relato en su forma manuscrita (1956: liii).

[20] Para una evaluación de estas relaciones, vid. Galloway, 1997: 11-44.

[21] Miguel Maticorena (1967) se ha ocupado de la relación entre los textos de Herrera y del Inca.

[22] Cito *La Florida del Inca* por la edición de Emma Susana Speratti Piñero; indico entre paréntesis el libro, el capítulo y el número de página.

[23] Para un resumen de los juicios sobre *La Florida del Inca*, vid. Hilton, 1982: 25-51.

[24] Miró Quesada recuerda que Ventura García Calderón calificó la obra 'de *Araucana* en prosa'; también señala semejanzas entre la crónica del Inca y el poema épico de Ercilla, que seguramente el primero leyó (1956: lv).

[25] Por ejemplo, el médico navarro Huarte de San Juan las discute en su tratado de amplia circulación *Examen de ingenios para las ciencias* (1575).

[26] Después auspició las expediciones de Francisco Vázquez de Coronado (a la frontera norte del virreinato, 1540-1542), la de Juan Rodríguez Cabrillo (a la costa de la Alta California, 1542-1543) y la de Ruy López de Villalobos (a las Filipinas, 1542-1543).

[27] Las instrucciones del virrey las encontramos en Mora (1988: 145-146).

[28] Cito la *Relación* por la ed. de Carmen de Mora; he modernizado el deletreo y marcado los acentos. Indico la página correspondiente entre paréntesis. El virrey Antonio de Mendoza había comprado y liberado a 'ciertos indios' para integrar la expedición; se unieron otros de la zona de Petatean o Petatlán y del Cuchillo, en la Nueva Galicia, gobernada entonces por Francisco Vázquez de Coronado (p. 148). Además de Esteban, el franciscano fray Honorato acompañó a fray Marcos en una parte de la jornada. Al principio de esta, fray Honorato enfermó y se quedó en uno de los pueblos.

[29] 'Estos me hicieron muchos recibimientos y me dieron mucha comida y procuraban de tocarme en la ropa, y me llamaban 'Sayota', que quiere decir en su lengua 'hombre del cielo" (p. 149). Esta asociación figura en otras crónicas y relaciones, por ejemplo, la de Núñez Cabeza de Vaca; en este caso, son instructivas las aclaraciones de Adorno y Pautz (1999, vol. 2: 296-300).

[30] Tipo de ropa o capa pequeña al modo de capotillo que pudo traer su nombre de la provincia de Bohemia (*DA*).

[31] La lana del hábito era de Zaragoza (p. 152).

[32] Sobre la *Relación* como construcción literaria, véase Ahern.

[33] *Relación de la jornada de Cíbola compuesta por Pedro de Castañeda de Nájera donde se trata de todos aquellos poblados y ritos, y costumbres, la cual fue el año de 1540.* El original se ha perdido, y se desconoce la fecha exacta de composición; doy las fechas aproximadas indicadas por Mora (Estudio: p. 43). Hay una copia de 1596 de la *Relación* en la Biblioteca Pública de Nueva York (Rich Coll. n.º 63: 316 fol.). Cito por la edición de Carmen de Mora indicando

el número de página entre paréntesis; he modernizado la ortografía y marcado las tildes. En la misma época, otro expedicionario, el capitán Juan Jaramillo, compuso una corta relación de estos sucesos recogida en Mora (*Las siete*, 189-196).

[34] Así lo propusieron Richard y Shirley Flint en un informe sobre la expedición de Coronado.

[35] A su regreso a España, en castigo a comportamiento tan cruel, fue apresado y murió en la cárcel (Weber, 1992: 49).

[36] El franciscano retornó a México y allí murió.

[37] En México fue juzgado por su comportamiento y absuelto de toda culpa. Murió en la capital novohispana en 1554.

[38] Iban tres franciscanos: Juan de Santa María, Agustín Rodríguez y Francisco López, quienes murieron después a manos de los indígenas (vid. Mecham, 1926: 224-231).

[39] Llamado así por su barba roja; su nombre verdadero era Francisco Sánchez (Mecham, 1926: 224).

[40] Hubo otras expediciones menores, véase la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacadas, en su mayor parte, del Real Archivo de Indias* (Madrid, 1864-86), XV. Espejo tituló su informe: 'Relación del viaje que yo, Antonio Espejo, ciudadano de la ciudad de México, nativo de Córdoba, hizo con catorce soldados y un religioso de la orden de San Francisco a la provincia de Nuevo México, a quien puse el nombre Nueva Andalucía, a contemplación de mi patria, en fin del año de mil y quinientos y ochenta y dos'. Vale notar que Espejo le da, en recuerdo de su patria, el nombre de Nueva Andalucía a esas tierras.

[41] Sobre su biografía, véanse Hammond y Rey (1953) y Simmons (1991).

[42] Fue acusado del asesinato de dos desertores y de traer a España a mujeres acomeses y forzarlas a ingresar en conventos (Paine Mahr, 1996: 418).

[43] No se ha fijado la fecha de su muerte. En una real cédula se lo menciona como difunto en 1625; el testamento de su yerno lo cita como vivo en 1638 (Madrid Rubio et ál., 1991).

[44] Menéndez y Pelayo lo caracteriza de 'rastrero y prosaico' (1, 39). Si bien se lo considera el primer poema épico escrito sobre un territorio de los actuales Estados Unidos, *La Florida* (c. 1600) de Escobedo probablemente lo precede.

[45] Véase por ejemplo, Canto 11, p. 101. Cito por la ed. de Encinias, Rodríguez y Sánchez (1992); indico el canto y el número de página.

[46] Sobre la descripción y feminización de los combatientes indígenas de Ácoma, véase Rabasa (2000: 138-158).